Tomadas naqui de las 8 Conf.

CONFERENCIAS

SOBRE HISTORIA ECLESIASTICA
PREDICADAS EN EL

Templo de Sta. Mónica

DE ESTA CIUDAD, POR EL SR. PBRO. BR.

D. JOSÉ SALOMÉ GUTIÉRRZ.

(PROPIEDAD DEL SEMINARIO)

GUADALAJARA
TIPOGRAFIA DE "EL REGIONAL".—DON JUAN MANUEL Y ALNODIGA.
1907.

cuatro rayos que, uniéndose, forman la luz que guía al historiador, filósofo y creyente: *caída del hombre*, *castigo de la humanidad*, *delincuencia personal y virtud* de los que ha llamado la Escritura *hijos de Dios*.—Lo que decimos de los individuos es, proporcionalmente aplicable á las naciones en particular y á la humanidad en general. La historia antidiluviana es de pecados y castigos y de muy escasas virtudes.—Cedamos la palabra á Donoso Cortés: «Tended los ojos por toda la prolongación de los tiempos, y veréis cuán turbias y cenagosas vienen las aguas de ese río en que la humanidad va navegando: ahí viene, haciendo cabeza de motín, Adán, el rebelde; y luego viene Caín, el fratricida, y tras él muchedumbres de gentes sin Dios y sin ley, blasfemas, concubinarias, incestuosas, adúlteras; los pocos magnificadores de Dios y de su gloria olvidan al cabo su gloria y sus magnificencias, y todos juntos tumultúan y bajan en tumulto en el ancho buque, que no tiene capitán, las turbias corrientes del gran río, con espantoso y airado clamoreo, como de tripulación sublevada. Y no saben ni á dónde van, ni de dónde vienen, ni cómo se llama el buque que los lleva, ni el viento que los empuja. Si de vez en cuando se levanta una voz, lúgubremente profética, diciendo: ¡Ay de los navegantes! ay del buque.....ni se pára el buque ni la escuchan los navegantes; y los huracanes arrecian, y el buque comienza á crujir, y siguen las danzas lúbricas y los espléndidos festines, las carcajadas frenéticas y el insensato clamoreo; hasta que, en un momento solemnísimo, todo cesa á la vez: los festines espléndidos, las carcajadas frenéticas, las danzas lúbricas, el clamoreo insensato, el crujir del buque y el bramar de los huracanes: las aguas están sobre todo, y el silencio sobre las aguas, y la ira de Dios sobre las aguas silenciosas.» ¿Véis cómo, en verdad, la historia de aquellos siglos se abarca y se ilumina y se resuelve toda en la gracia que se da, en la rebeldía contra ella, en el castigo ineludible y en la virtud de algunos justos, tan escasos que Dios apenas halló una familia, que salvada fuese del diluvio vengador?

Aquella temerosa catástrofe ¿no cambiaría quizás las leyes de la historia antidiluviana? Los hombres ¿no siguieron rumbos distintos, ú opuestos á los de sus predecesores?... Encontramos la virtud en Noé, el pecado en uno de sus hijos y el castigo que recayó sobre él mismo. Los fundamentos de la historia, en filosofía, son idénticos: gracia, resistencia, castigo, virtud: son los luminares del mundo de la historia. La época antidiluviana apenas se distingue de la posterior, porque, admitidas las excepciones, toda es criminal ésta como aquella. Salvo que Dios llamó á Abraham, que obedeció al llamamiento, y multiplicándose sus hijos fueron el pueblo de Dios: no por mérito de ellos, sino por gracia que recibieron. En ese pueblo todo viene de Dios, y sólo provienen del pueblo los desastres: *Perditio tua ex te, Israel*—dice el Señor—porque fué ingrato y de cerviz durísima, que adoró ídolos aun á las faldas del Sinaí, que derramaba sangre de profetas y llegaría después á poner sus manos en el Hijo de Dios. ¡Siempre la gracia, correspondida ó despreciada, y siempre los castigos ó los premios! Y siendo verdad, como lo es, la inspirada afirmación de S. Pablo: *Omnia in figura contingebant illis*, los principios universales de la filosofía de la historia que habíamos encontrado en el Génesis, se confirman con centenares de testimonios, también divinos, y con las vicisitudes del pueblo israelítico, sombra y figura de todos los demás.

En la plenitud de los tiempos, se realiza el gran misterio oculto desde la eternidad en Dios y revelado por El á los profetas. Las palabras de Habacuc: *in terris visus est, et cum hominibus conversatus est*, cumplida la profecía, hoy son repetidas por la Iglesia arrodillada: *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. Se inicia una era de transformaciones radicales y profundas: individuos, familias, pueblos y naciones sentirán energías nuevas ó caerán en desmayos: se elevarán ó descenderán; si á levantarse llegan, penetrarán los cielos, porque los cielos se abrirán; pero si caen, irán al abismo, que, abierto una vez, no han dejado cerrar los crímenes del hombre.

Ocasión tendremos de palpar, digámoslo así, con nuestras propias manos, lo innegable de esas leyes que hemos señalado para juzgar de los acontecimientos humanos en general.

La sociedad nueva, la sociedad cristiana será el martillo que reducirá á polvo, sobre el yunque de la verdad los viejos errores gentílicos y judaicos; tan dura será esta labor, que se perderán millones de vidas; pero la sangre que corra debilitará los cimientos de los imperios que vacilarán y desmoronándose, dejarán ruinas enormes para asombro de las gentes.

¿Cuál es el nombre de esa sociedad nueva, que destruye, pero edifica, que arranca la planta, pero la transplanta y cultiva?—Es el de IGLESIA, que significa reunión, congregación: en ella reunirá Jesucristo á todas las naciones, que llegarán á formar un redil con un solo Pastor. Sociedad perfecta é indestructible, contra la cual no alcanzarán nada ni las potestades terrenas ni las fuerzas infernales. Su destino es luchar y vencer cuando parece vencida, sepultar á los que intenten darle la muerte y proseguir su marcha gloriosa de triunfo hasta el fin de los tiempos en la tierra, porque, después de su peregrinación sobre el mundo, se gozará eternamente en los esplendores de sus santos.

Dios es su fuerza y en El pone su confianza: la unidad es su garantía. Si alguno intentare romperla, él mismo se arroja fuera ó lo arroja el anatema; porque el divino Fundador de la Iglesia quiere tal unidad: *Ut sint unum.—Una fides, unum baptisma.* Poseedora de verdades divinas, debe ser inflexible como la verdad misma y no pactará con los errores.

Nacida apenas, ya es universal, aunque tenga muy pocos hijos y pese á los perseguidores que la obligan á buscar un asilo en pavorosas catacumbas; su catolicidad, no dependerá nunca de otra cosa que de sí misma: el número de los cristianos, la extensión que ocupen, á la luz del día ó á la sombra de laberintos subterráneos, todo es accidental y no perjudica su universalidad, que es la consecuencia forzosa de su propia unidad, por aquella suprema ley de todas las cosas visibles é invisibles: *La unidad se resuelve en variedad; la variedad se reduce á unidad.* La Iglesia unifica la variedad: no hay para ella ni judíos, ni griegos, ni scitas ni bárbaros: lo que es *uno* se comunica á lo que es *vario*, y lo vario se hace uno. Así la Iglesia

recibe en su misma fundación la nota de catolicidad por su unidad, y, en grado tan insuperable, que lo sería aunque no hubiese más en la tierra que un hombre, un sólo hombre que profesara sus dogmas, lo cual no acaecerá, porque es aquella de quien dice David: *Astitit regina a dextris tuis, in vestitu deaurato, circumdata varietate Una* es la reina, pero la *variedad* realza su incomparable hermosura.

Todos los Apóstoles sufrirán martirio por ella, veintisiete Pontífices vertirán su sangre por conservar el depósito de la fé: se llamará apostólica, con plenísimo derecho. No tiene revelaciones nuevas y, cuando exige la confesión de una verdad como dogmática, no propone una verdad no conocida, sino la forma en que debe confesarse; ó como dice S. Agustín: *quod semper, quod ubique, quod ab omnibus.* Intimamente enlazadas la unidad y la universalidad, la apostolicidad es necesaria, diría yo, como *fiadora* de la unidad.—En efecto, después de los libros santos, nada hay que mayor respeto inspire á la Iglesia como las tradiciones apostólicas, y cuando ve que naciones remotísimas y sin comunicación entre sí, profesan la misma verdad tradicional en materia que pertenece exclusivamente á la revelación y que esa creencia deriva de manantiales situados en los campos que cultivaron los Apóstoles, la examina escudriñándola, permite á los sabios, y hasta á los ignorantes, que la defiendan ó combatan. La verdad es como el hacha encendida que brilla más, si se le azota: la luz se hace ó las tinieblas avanzan; pero la Iglesia infalible dice á ignorantes y á sabios: ¡creed! Serénanse las olas y dejan de rugir los vientos: el dogma se impone, la tranquilidad es ya invariable. ¿Se declaró una verdad nueva? ¡No!—Una verdad bíblica ó apostólica, con la obligación anexa de que la universalidad de los cristianos la profesen para venir á la unidad de la fe que predicaron los Apóstoles

Y será santa: unam, *sanctam*, catholicam et apostolicam Ecclesiam. Manchada la tierra y maldita á causa del pecado, no habrá un lugar solamente en el cual habite el Santo de los Santos, porque en todas partes se le ofrecerá una oblación limpia, sobre altares que le sean aceptos, por

estar santificados. No habrá en ella rugosidades que la deformen ni manchas que la hagan despreciable. Santa, y tres veces santa, hará reyes á los pequeñuelos y volverá pequeñuelos á los reyes, porque la balanza que tenga en sus manos no cederá sino al peso de la virtud. Sus luchas serán contra el error y el pecado, pero no con el hombre delincuente, á quien buscará y convertirá para santificarlo; y, si esto no logra, santificará la tierra que haya de cubrirlo en la tumba.

¿Se verificarán, como en las otras sociedades, en la Iglesia las leyes que hemos llamado de la filosofía cristiana de la historia?—Siendo *santa* la Iglesia, inevitablemente debemos reconocer que en su historia faltan el pecado y el castigo, considerada ella en sí misma; porque su cabeza es Jesucristo y ha recibido ella para siempre al Espíritu Santo que la gobierna y la guía. Por manera que ni las persecuciones más sangrientas que han osado hasta herir con la espada el cuello de los pontífices, puedan considerarse de otra manera que como pruebas de confirmación de las palabras de Cristo, que anunció las persecuciones y llamó dichosos á los que fueran perseguidos.

Elevándonos un poco más, para ver desde superior altura los acontecimientos históricos, ya de la humanidad, ya de la Iglesia en particular, debemos afirmar y afirmamos resueltamente, contra los impíos, la acción continua de un Moderador supremo, de una Providencia divina que marca á los pueblos y á las sociedades el sendero que han de seguir, les avisa de la pena que sobrevendrá, si delinquen, y por soberbias que sean, refrenadas son por infinito poder. Creerán acaso algunos jefes de naciones mandar que se ejecute ó ejecutar ellos mismos su propia voluntad, muchas veces arbitraria y funesta: y no se engañan, porque son libres; pero la Providencia divina, que cuida aun del movimiento de las hojas de los árboles y traza la forma del zig zag del relámpago, no aparta los ojos de las evoluciones de los pueblos. Los levanta ó abate, los engrandece ó deprime, les da la gloria ó los deja caer en la ignominia, hasta ser el ludibrio de los otros.

Los pueblos, como los individuos, en Dios viven, se mueven y son: *In ipso enim vivimus, movemuur et sumus.* Platón,

seguro de que el círculo es la figura más perfecta y no teniendo idea de la suma espiritualidad, ó más bien dicho, de lo que es el espíritu, atribuyó á Dios la forma circular. Con agudísimo ingenio esta idea pagana fué conquistada para la filosofía de la historia, en sentido irreprochable, por el eximio Marqués de Valdegamas. Pido vuestra mayor atención, y os suplico que generalicéis los términos, aplicándolos á las naciones, dóciles ó no, al llamamiento de Dios. Los seres inteligentes y libres nacieron unidos á Dios por un efecto de su gracia: por el pecado se apartaron realmente de Dios, porque quebrantaron el vínculo de la gracia, real y verdaderamente, con lo cual dieron testimonio de sí en calidad de criaturas inteligentes y libres; empero, ese apartamiento no fué, si bien se mira, sino una nueva manera de unión; como quiera que, al apartarse de El, por la renuncia voluntaria de su gracia, se acercaron á El, cayendo en las manos de su justicia, ó siendo asunto de su misericordia. De esta manera el apartamiento y la unión, que á primera vista parecen cosas incompatibles, son en realidad cosas de todo punto conciliables, y de tal manera lo son, que todo apartamiento viene á resolverse en una especial manera de unión, y toda unión en una manera especial de apartamiento. La criatura no estuvo unida á Dios, en cuanto es gracia, sino porque estuvo apartada de El en cuanto es misericordia y justicia; la criatura que cae en manos de El, en cuanto es justicia, no cae en ella sino porque está apartado de El en cuanto es gracia y misericordia; así como la que es objeto de Dios, en cuanto es misericordia, no lo es sino porque de tal manera se apartó de El en cuanto es gracia, que también quedó apartado de El, en cuanto es justicia.....La creación es á manera de un círculo, Dios es, bajo un punto de vista, su *circunferencia*, bajo otro punto de vista, su *centro*: como centro, atrae; como circunferencia, contiene. Nada está fuera de tal circunferencia: todo obedece á la irresistible atracción de tal centro. La libertad de los seres inteligentes y libres consiste en huir de la circumferencia, que es Dios, para ir á dar en Dios, que es el centro; ó en huir del centro, que es Dios, para ir á dar en

Conferencia Preliminar.

De la Creación á Jesucristo.

I

Señores:

Era infinitamente feliz en sí misma aquella única Divinidad, ante la cual no hay otro Dios, y su gloria esencial adecuada á su perfección. Habló á la nada, y tan fecundo fué su verbo, que vinieron al sér millones de mundos que, en espacios cuyos límites no alcanza la más poderosa inteligencia, difunden los destellos de la gloria de su Autor. La historia del universo no podía ser escrita por el hombre y la escribió Dios mismo, inspirando siglos más tarde á Moisés las sublimes páginas del Génesis; y en este libro sagrado es donde hallamos al hombre comenzando á existir: parte de ahí su historia, que viene desenvolviéndose y toca en el presente.

Junto al *fiat lux* que actualiza y en actividad pone las fuerzas caóticas, encuentro yo otro *fiat lux* para el historiador. Reflexionemos: ¿Qué es el hombre en la primera mañana de su existencia?—Un ser privilegiado, justo, recto, lleno de gracia. ¿Cómo se nos ofrece luego, y acaso en el mismo día?—Desobediente, rebelde, prevaricador y caído. ¿Hay algo más?—El castigo de por vida para los primeros delincuentes y por los siglos á su descendencia. Pero, qué! ¿no hay virtud sobre la tierra?—Enoc es el primero que invoca el nombre de Dios. He aquí los